

Jueves 2 de Octubre de 1919

MUERETE Y VERAS

Hay algo peor que morir y es que un tonto le haga la necrología.

La erudición, el talento, el esfuerzo acumulado durante una vida entera, nada valen para salvarse del feroz necrologista; porque de las mismas cualidades se aprovecha para poner en ridículo al difunto.

Todo hombre tiene debilidades y pequeñeces; ningún ingenio está a salvo de producir, alguna vez, frases vulgares, ningún sabio de errar de cuando en cuando. Pues bien, todas estas flaquezas que los biógrafos discretos omiten cuidadosamente, se convierten en pasto delicioso para los que no lo son. Y, ¡ay! entonces de la desdichada víctima!

Una de las más preclaras, ha sido, sin duda, en estos últimos tiempos don Valentín Letelier.

Don Ramón Liborio Carvallo, lo ha tomado por su cuenta en las columnas de "El Mercurio".

Cuantos respetamos la memoria del ilustre erudito, no hemos podido menos de verter una lágrima sobre su tumba, al ver cómo a través de las páginas del improvisado biógrafo, la noble figura del difunto se empequeñece y vulgariza hasta amoldarse a las proporciones de don Ramón Liborio.

¿Se imagina el lector, qué características de la mentalidad del señor Letelier, llamaron la atención de su cronista?

"Fué - dice - uno de los fundadores de la Liga de Estudiantes Pobres, de Santiago, en 1873; y la última carta que escribiera está dirigida al tesorero de esta Institución, hablándole del pago de sus cuotas, que no se le habían cobrado."

Y agrega:

"Tenía cariño por San Bernardo. Celebraba el jardín de la plaza, el liceo y el Centro de Propaganda Radical, del cual era miembro honorario."

¿Quiere ahora el lector una anécdota interesante que, sin duda, reproduce el señor Carvallo, para demostrar la profundidad e ingenio de los pensamientos de don Valentín?

"Pocos días antes de morir, lo ví en Santiago, y me dijo: "Se me había olvidado felicitarlo por la cocinita o cantina escolar que la Asamblea Radical de San Bernardo costea en la escuela del barrio más pobre del pueblo, y quiero enviar un pequeño contingente a esa cocina, presentándome veinte pesos".

¿Desea ahora lector, un ejemplo de género epistolar que don Ramón Liborio, cree necesario conservar para la posteridad?

"Querido amigo: En contestación a la suya de ayer, sólo puedo decirle que pondré particular empeño en favor de Pinochet y de Pardo, tanto por complacer a los correligionarios de San Bernardo, cuanto por complacerme a mí mismo, trabajando por una doble obra de justicia.

"No me extrañan los elogios que usted tributa a Pinochet, porque en años pasados adquirí experimentalmente acerca de él la idea de que era uno de los mejores rectores de liceos".

!El pago de la cuota, la afición a San Bernardo, las cocinitas, la admiración por el jardín de la plaza, y dos empeños políticos, hé ahí los datos biográficos que apuntó el señor Carvallo!

Pero, no se contenta con esto. Sabido es que todo hombre que va a tener un duelo, escribe cartas más o menos sentidas a los miembros de su familia. Ese placer literario, con la rebusca de la frase de efecto que ha de pronunciarse en el momento de caer, son quizá las únicas compensaciones artísticas que tiene un lance de honor.

Para, cuando por necesidad,

Pero, cuando por felicidad, el hecho, no se produce, las cartas y las frases, pierden todo su efecto y se convierten en el más cruel aguijón del amor propio. De ahí la costumbre de devolverse la correspondencia entre los novios que cortan relaciones, y el cómico efecto de las históricas palabras del aviador nacional:

"!O paso las nevadas cumbres de los Andes o ellas serán mi tumba!"

¿Ahora qué diría el lector de una carta de despedida, con párrafos numerados, como los codicilos de un testamento?

"Núm. 16.- En estos momentos supremos quiero dejar constancia de que termino mi vida afiliado al partido radical, que es, entre los partidos chilenos, el que mejor favorece el desarrollo político de la sociedad, y el que mejor consulta la dignidad y la independencia de espíritu de sus adeptos."

"Núm. 17.- A la vez declaro que carezco de creencias religiosas, y que no obstante juzgarlas útiles para la parte más inculta de las sociedades, las considero como causa de entorpecimiento para el desarrollo de la ciencia y del espíritu humano. Es evidente, por lo demás, que no se las debe extirpar sino mediante la acción lenta de la evolución y de la propaganda científica."

Si esto, no se hubiera publicado en el "El Mercurio", creeríamos que se trataba de una broma macabra, semejante a la de Mark Twain, cuando supone a Gambetta preocupado momentos antes de un duelo, en encontrar la imprecación oratoria que había de pronunciar en el momento de morir.

No es honroso para un erudito, considerar las creencias de Ampere, Pasteur, Laverrier, Menéndez Pelayo, etc., "como un entorpecimiento para el desarrollo de la ciencia y del espíritu humano". Eso está bueno para ser dicho en una carta privada, contando con la discreción de la familia.

Sin embargo, el feroz biógrafo no se da por satisfecho y en abono de la personalidad del señor Letelier, copia la siguiente carta del obispo de Concepción, dirigida al extinto:

"Santiago, 23 de Junio de 1918.

Gilberto Fuenzalida saluda atentamente a su afectísimo amigo don Valentín Letelier y, sintiendo no haber tenido el gusto de despedirse personalmente, pide sus órdenes para Concepción, y pone a su disposición la casa episcopal, asegurándole que tendría el mayor placer si alguna vez la honra con su presencia."

Las conclusiones que saca de esta simple manifestación de cortesía del señor Fuenzalida, a su colega del Consejo de Instrucción, valen por toda la necrología:

"Sabido es, dice, que Letelier vivió toda su vida fuera de la Iglesia católica, como libre pensador que era; que incurrió públicamente en numerosas excomuniones; que toda su labor científica se halla terminantemente en pugna con el dogma; que todos los fundamentos de la religión han sido despedazados en el curso de sus investigaciones, para concretar los principios que debían dar a la historia base científica, y que no hacía misterio de mofarse del candor y creederas de las sencillas gentes que todo veneraban, siendo por lo demás muy tolerante con las opiniones ajenas, cuando no se veía en el caso de contradecirlas.

"Ahora bien, como no podemos suponer en el obispo ignorancia de las disposiciones canónicas, relativas a las relaciones con los excomulgados, no queda otro dilema, o que el obispo chileno contempla ya las excomuniones como antiguallas caídas en desuso, o que la personalidad moral y científica de Letelier, es tan pronunciada y robusta, que induce al mismo obispo a rendirle algún acatamiento".

He aquí el curioso caso anotado por don Ramón Liborio, de un hombre que, a la vez, se mofa de las ideas ajenas y es tolerante cuando no se ve en el caso de contradecirlas, congruencia que sólo tiene parecido con la de suponer excomulgado a un hombre que, según él, no perteneció nunca a la Iglesia.

Si el señor Carvalho, hubiera conocido siquiera la etimología de la palabra, excomuni6n, habrfa visto que excomulgar a alguien que no figura entre los fieles es tan diffcil como expulsar de un partido polftico a uno que no ha firmado los registros.

Pero, a trueque de publicar un documento probatorio, como la carta del sefior Fuenzalida, ha pasado por todo. Esto hace recordar a cierto diputado muy cursi, que cuando volvi6 a su provincia, llev6 todas las cartas que le habfan dirigido sus colegas para que creyeran que lo trataban de "estimado amigo".

!Pobre don Valentfn, en qu6 manos ha caido su memoria!

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Cat6lica de Chile